

enviase cuanto antes el dinero que necesitaba para cumplir con sus disposiciones. Mas el monarca, empeñado entonces en la guerra de Portugal, parecia dar pocos oídos á sus instancias reiteradas. Fué preciso que para hacer mas fuerza al rey, cada maestre de campo hiciese el ajuste de lo que su tropa devengaba, enviándose ademas de estas cuentas, lo que importaba el gasto de la casa militar del príncipe, entonces bastante numerosa. El rey envió auxilios, mas no los necesarios. Hubo con este motivo frecuentes sediciones en el campo; llegaron los alemanes hasta amenazar la persona de Alejandro. Se cometieron actos de marcada desobediencia; mas se calmaron los desórdenes por la presencia de ánimo del príncipe, y por su severidad en el castigo de los autores principales. Por fin, salieron del país las tropas extranjeras, primero las españolas, en seguida las borgoñonas, y las últimas las alemanas. Los españoles se trasladaron á Milan, donde recibieron órdenes para pasar á España é incorporarse en el ejército de Portugal; mas tuvieron en seguida contraórden, y por entonces quedaron estacionadas en Milan, Sicilia y Nápoles.

Despedidas todas estas tropas extranjeras, forzoso le fué al príncipe Alejandro pensar en la pronta formacion de un nuevo ejército. Se formó este hasta número de treinta mil de á pié y cinco mil caballos, debiendo darles el rey á cuenta de sus pagas, cada mes, doscientos cincuenta mil escudos de oro, y el resto las provincias. Se encargó el mando de la caballería al marqués de Rubais, del país, hombre consumado en el ejercicio del arte militar, y se nombró por comisario general de la caballería á Gregorio Barta, originario de la Albania, que aunque extranjero, se le dejó permanecer como otros muchos, por considerárseles como individuos de la familia ó casa militar del príncipe. Tambien arregló Alejandro otros negocios concernientes al estado civil segun los términos de la pacificación; sobre lo que hubo dificultades, y hasta pugnas abiertas entre los dependientes del rey y las autori-

dades del país, y que se vencieron al fin con no poco trabajo por una y otra parte. Las provincias se habian reconciliado; mas los disgustos, las desconfianzas, los celos estaban vivos en los ánimos de todos, como en el principio. Los males no nacian precisamente de los hombres, sino de la situacion falsa y equívoca en que unos y otros se habian colocado.

CAPITULO LI.

Continuacion del anterior.--Confederacion de Utrecht.--Llegada á los Países-Bajos de la princesa Margarita de Parma, nombrada gobernadora por el rey.--Quejas de Alejandro.--Revoca el rey la órden, y queda el príncipe de Parma otra vez de gobernador general de los Países-Bajos.--Sigue la guerra con sucesos varios.--Se socorre la plaza de Groninga, sitiada por los confederados.--Toman los de Farnesio á Nivelles, á Malinas, á Courtray.--Amenazan á Cambray.--Toma la contienda nuevo aspecto.--Se declaran independientes los Estados de Flandes.--Eligen por nuevo príncipe al duque de Anjou, hermano de Enrique III, rey de Francia.--Publica el rey de España un decreto de proscripcion contra el príncipe de Orange.--Responde éste con un manifiesto.--Entra el duque de Anjou en los Países-Bajos.--Toma á Cambray.--Pasa á Inglaterra.--Vuelve.--Su entrada en Amberes.--Atentan á la vida del príncipe de Orange.--Sigue la guerra.--Toma Alejandro las plazas de Tournay y de Oudenarda.--Vuelven á los Países-Bajos las tropas españolas é italianas.--Entran asimismo de refuerzo mas francesas.--Toma de mas plazas de una y otra parte (1).

1580—1582.

OCURRIAN en el país en cuyos disturbios nos estamos ocupando, demasiados acontecimientos á la vez, para que no sea difícil presentarlos con el órden y la claridad indispensables en toda narracion histórica. Aquí se combatia, allí se negociaba: con el tumulto de la guerra iban mezcladas intrigas de toda especie, combinaciones diplomáticas, encaminadas á objetos muy di-

(1) Las mismas autoridades.

versos. A pesar de ser aquellas regiones de tan corta extensión, eran teatro de choques y batallas que se estaban dando casi á un mismo tiempo. Pocas naciones de Europa dejaban de tener más ó menos interés en estas luchas, y de contribuir con sus naturales á la formación de sus ejércitos. Españoles, franceses, ingleses, italianos, alemanes, todos se hacían distinguir tanto como los mismos habitantes del país en estas contiendas, que son sin duda uno de los rasgos más característicos en la historia del siglo XVI, tan fecunda en toda clase de acontecimientos. Por eso ocurren tantas dificultades al historiador, al trazar todos los acontecimientos de este drama, sin poner al lector en confusión y dejarle como perdido en un laberinto sin salida. Nosotros, que en esta parte de la claridad ponemos gran cuidado, aislamos los acontecimientos para no confundirlos todos, y dar á cada uno el lugar que en la parte cronológica les corresponda.

Mientras se hallaba tan solícito Alejandro Farnesio en la reconciliación de las provincias valonas con el rey, no se descuidaba el príncipe de Orange en neutralizar la operación con otra que debía ser muy funesta á los intereses del monarca. Casi al mismo tiempo ó poco después que se firmaron en Mons los artículos de dicha pacificación, se ajustaba bajo los auspicios del príncipe una especie de liga ó confederación entre las provincias de Holanda, Zelanda, Utrecht, Güeldres, Frisia, una gran parte del Brabante y Flandes, á la que se dió el nombre de confederación de Utrecht, por haberse en esta ciudad concertado sus artículos. Fueron los principales: 1.º que se unían las provincias para formar un cuerpo político, comprometiéndose á no separarse nunca unas de otras, pero reservándose cada una el derecho de gobernarse y conservar los privilegios de que hasta entonces disfrutaban: 2.º que se ayudarían mutuamente las provincias para repeler toda agresión por tropas extranjeras, y sobre todo cualquier acto de hostilidad y violencia á que se quisiese propasar el rey de España, con

pretexto de establecer la religión católica; dejando á la generalidad, es decir, á los comisarios de dichas provincias, el determinar el contingente con que debía contribuir, tanto en dinero como en gente, cada una: 3.º que no se profesaria en Holanda y Zelanda otra religión que la que ya estaba establecida, y que en las demás provincias se pudiera ejercer la católica ó la reformada, ó las dos juntas, según se creyese conveniente: 4.º que se devolverían á las iglesias y conventos los efectos de que habían sido despojados, á excepcion de las provincias de Holanda y Zelanda, donde servirían para asignar pensiones á los sacerdotes católicos, quienes las recibirían en cualquier punto donde quisiesen fijar su residencia: 5.º que en todas las ciudades donde se creyese oportuno hacer fortificaciones por decisión de los Estados de las provincias, corriese el gasto por cuenta de la generalidad y de la provincia á que la ciudad perteneciese; mas que si se tuviese por conveniente la erección de una nueva fortaleza, y no conviniese en ella la provincia, fuese á costa de la generalidad: 6.º que todas las plazas fuertes recibirían la guarnición que tuviesen por conveniente los Estados el enviar á ella; mas que dichas tropas harían antes juramento de fidelidad á la ciudad y á la provincia, aun cuando le hubiesen prestado antes á los Estados generales: 7.º que no pudiesen éstos declarar guerra, imponer contribuciones, hacer tratado de paz y tregua, sin contar con el asentimiento y concurso de la mayor parte de las provincias y ciudades de la Union, ni éstas ajustar por su parte alianza con ningún príncipe extranjero sin el consentimiento de los Estados generales: 8.º que todos los varones de las provincias confederadas, desde la edad de diez y ocho á sesenta años, se alistarian un mes después de firmada el acta de union, á fin de que en vista de estas relaciones, pudiesen los Estados generales saber la fuerza de cada provincia y los hombres que debía presentar en la defensa comun: 9.º que para proporcionarse el dinero necesario para la manu-

tencion del ejército, se arrendasen las rentas é impuestos á favor del que mas diese, y que se aumentarían ó disminuirían segun las necesidades de la confederacion.

Tal fué la famosa confederacion de Utrecht, considerada y reconocida por la historia como la cuna y principio de lo que fué despues la república confederada con el nombre de Provincias Unidas ó de Holanda. Como no se hablaba en sus artículos de conservar la obediencia al rey, ni tampoco de renunciar completamente á su dominio, se podia considerar este silencio como una declarada independenciam. Grande rasgo de habilidad en el príncipe de Orange era el ir preparando poco á poco el acto decisivo al que hacia tantos años aspiraba, por el que se movia con tal perseverancia.

Antes de volver al hilo de las operaciones militares, terminaremos por ahora este cuadro politico con la extraña resolucíon que tomó por entonces el rey de enviar por segunda vez á su hermana la princesa Margarita de gobernadora á los Países-Bajos. Extraña pareció en efecto la medida á los hombres imparciales, que no podían estar en las interioridades del monarca. Tal vez creyó Felipe que en enviar á su hermana se conformaba mas al espíritu de la capitulacion, por la que se pedia para gobernante un príncipe de la sangre real que inspirase confianza y amor á las provincias: tal vez los estrechos vínculos naturales que unian á Farnesio y á la princesa Margarita, le hicieron creer que no podria introducirse entre ellos sentimiento alguno de rivalidad; pero es lo mas probable, que desconfiado siempre y receloso de la autoridad que sus delegados y representantes ejercian, no veía con buenos ojos el ascendiente que adquiria Alejandro y la gran fama que por sus hechos militares alcanzaba; que trataba de neutralizar su gran poder, circunscribiéndole á los asuntos militares, confiando á su hermana la direccíon de los politicos. Algunos dicen, y es probable, que Margarita admitió el cargo con grande repugnancia. De todos modos, obedeció la orden del

rey, y se presentó en Namur á tomar por segunda vez las riendas del gobierno.

La recibió su hijo con todas las distinciones de obsequio, de amor y veneracion que á su persona se debia: mostró regocijarse mucho de que el rey le enviase un asociado de tal naturaleza; mas quedó muy mortificado tanto de tener que partir su autoridad, como de la desconfianza que con este paso se le manifestaba. Fué sin duda una grave falta ó demasiado torcida intencion, poner en pugna á dos personas tan ligadas por los lazos de la sangre. Expuso Alejandro al rey por medio del cardenal Granvella, entonces ministro de asuntos exteriores, lo poco que cumplia á su servicio el dividir la autoridad en Flandes, cuando sus disturbios reclamaban tanto el mando de uno solo. Añadió que era un desaire para su persona, y una especie de ingratitud, el despojarle de una autoridad que siempre habia ejercido en servicio de sus intereses; que semejante paso seria para los Países-Bajos una especie de declaracion de que estos servicios no habian sido gratos; y que por estas consideraciones le pedia encarecidamente permiso para dejar un país donde ya no podia ser objeto de aprecio y respeto su persona.

En estos mismos sentimientos entraba la princesa Margarita. Desde su vuelta á los Países-Bajos se penetró muy bien de lo cambiado que estaba para ella aquel teatro. Conoció lo penoso de su administracion en medio del tumulto de las armas, y que no podia menos de ejercer de hecho ó de derecho la principal autoridad el que dirigiese los ejércitos. No queria verse tal vez en choque, en pugna abierta con el jefe militar, aunque fuese su hijo, y quizás mas por esto mismo. Por esta razon pidió al rey le relevase de un cargo que no era ya para sus años. A pesar de estas razones, se mostró desde un principio Felipe inflexible en su resolucíon, y reiteró sus órdenes, tratando por otra parte de calmar la irritacion del príncipe con pretextos plausibles que alegó

para esta nueva providencia. Igual teson mostró Alejandro con la repetición de sus quejas y su súplica. Por fin cedió el rey y revocó el nombramiento de la princesa Margarita, renovando el que ya tenía el príncipe Alejandro. Mas por no aparecer desairado ó con otros designios, mandó que permaneciese por algun tiempo en los Países-Bajos, lo que sucedió en efecto. Como quedó desde entonces anulada su autoridad, y su persona no es ya de ninguna importancia en los negocios ulteriores del país, nos contentaremos con decir que se retiró á Italia, donde permaneció por el resto de sus años.

Las operaciones de la guerra fueron por aquel tiempo de poca importancia, reduciéndose á encuentros parciales en que intervenían simples destacamentos ó trozos poco considerables. Habia hecho la toma de Maastrich una impresión muy favorable á las armas españolas. O por temor de experimentar igual suerte, ó por estar cansados de disturbios, se mostraron algunas plazas inclinadas á volver á la obediencia de Felipe. Abrió sus puertas la de Bois-le-Duc, habiendo expelido antes á los calvinistas. Lo mismo hizo Malinas, extipulando adherirse á las condiciones del tratado de paz con las provincias valonas. Igual hubiese sido la conducta de Brujas, á no haber tenido los Estados noticia de lo que pasaba, y enviado inmediatamente á ella tropas de su devoción á fin de sostenerla en la obediencia.

Estuvo muy próxima á correr igual suerte la provincia de Frisia, donde mandaba el conde de Renneberg, puesto allí por los Estados. Entabló con él una negociación secreta el duque de Terranova, haciéndole presente lo precario de su situación y de las provincias disidentes. A los reparos que le puso el gobernador sobre una mudanza de conducta, respondió el español que con condiciones honoríficas y provechosas para las provincias valonas, habían vuelto á reconocer la autoridad del rey los principales personajes de las mismas; que por muchos que fuesen sus compromisos con el príncipe

de Orange, eran mucho mas antiguos los que le ligaban con su antiguo monarca; y por último, que tuviese entendido, que estando Farnesio en visperas de invadir la Frisia, reflexionase las fatales consecuencias que tendria para él caer en poder de los que tenían el derecho de tratarle como traidor al rey de España. Movido de estas razones accedió Renneberg á la proposición de Terranova, bajo las condiciones: de que se le dejase el gobierno de su provincia con nombramiento real, y el sueldo de veinte mil florines; que se le hiciese marqués; que se le propusiese para el collar del Toison de oro en la primera promoción que hubiese de esta Orden; que le entregase Alejandro dos tercios de infanteria para distribuirlos en los puntos de su provincia como mejor le pareciese; que se le diesen de contado veinte mil escudos de oro en el momento que prestase juramento al rey. Habia otros artículos en el tratado relativos á diversos jefes y magistrados civiles, cuya suerte se aseguraba por la parte que tomaban en la incorporación de esta provincia con las otras que habían vuelto á la obediencia del monarca. Y aunque las condiciones parecieron duras al príncipe de Parma, no titubeó en confirmarlas; tan importante era para él la adquisición de una provincia cuya conducta podia influir en gran manera sobre las demas del Norte.

Se hallaba ya este negocio casi concluido, cuando sabedor de lo que pasaba el príncipe de Orange, dispuso que el conde de Holach entrase con tropas considerables en la Frisia. Habiendo salido vencedor en un encuentro que tuvo con las de Renneberg, obligó á éste á encerrarse en la plaza de Groninga. Para sacarle Alejandro del apuro, le envió de socorro tres mil infantes y ochocientos caballos á las órdenes del general Schenk, quien hizo levantar el sitio despues de un encuentro ventajoso con el enemigo.

Por aquellos dias tuvo un encuentro el marqués de Rubais con el general francés Lanoue, que trataba de sitiar la plaza de Enjemmunster. Fué vencedor el gene-

ral español, y el enemigo perdió seiscientos hombres, diez y siete banderas, cuatro estandartes y tres cañones, quedando en el número de los prisioneros el mismo Lanoue, sobre cuya suerte, como hombre de tanta consideracion, consultó el príncipe Alejandro con el rey de España. Mas Felipe, reservado en todo, y cauteloso en decir su opinion, respondió á la carta en que se le comunicaba la victoria, sin hablarle nada de tan importante prisionero. En virtud de este silencio le hizo encerrar el general español en la ciudadela de Limburgo, donde el francés divirtió sus ocios escribiendo varios tratados sobre la política y el arte militar, que fueron muy aplaudidos en su tiempo.

Como se hallaba entonces el rey en su expedicion de Portugal, circularon en los Países-Bajos varias especies de derrotas y descalabros en su ejército, llegando hasta esparcirse la noticia de su muerte. Con este motivo se alentaron de nuevo los confederados, dando por seguro el triunfo de su causa. Tambien se armaron varias tramas contra la persona de Alejandro, hallándose Guillermo de Horn señor de Heez, al frente de los conjurados. Era su designio matar al príncipe y entregar el pais al duque de Anjou, que intrigaba mucho en aquel tiempo para hacerse señor de los Países-Bajos. Previno la traicion el marqués de Rubais, prendiendo al principal conspirador, quien no pudo menos de hacer confesion de su delito. No atreviéndose el príncipe de Parma á decidir por sí sobre su suerte, pidió órdenes al rey, quien decretó al momento su suplicio. Tuvo éste lugar en la plaza de Quesnois, donde el señor de Heez fué degollado en un cadalso.

Seria muy ocioso y hasta ajeno de la naturaleza de esta obra, entrar en los pormenores de todos los encuentros que ocurrian, hallándose aquel pais lleno de tropas que le cruzaban en todas direcciones. En unos pueblos se abrian las puertas á los españoles; otros que se habian reducido á la obediencia, volvian de nuevo al poder de

los contrarios. Fué uno de los mas importantes entre estos últimos la plaza de Courtray, y hasta Malinas sufrió un saqueo por parte de los confederados. Por aquel tiempo atacó el conde de Mansfeld, maestre general de campo del ejército español, la plaza de Buchain; y despues de tenerla en grande aprieto, entró en convenio con los sitiados, y les permitió que saliesen los que quisiesen de la plaza. Mas la dejaron minada, y la mecha encendida en tal disposicion, que solo podría producir su efecto cuando los vecinos estuviesen ya distantes de sus muros. Así sucedió en efecto, y cuando se hallaban ya en camino los soldados y demas gente de la guarnicion, y los sitiadores ocupados en aposesionarse de la plaza, reventó la mina. Sin embargo, no hizo todos los estragos que los enemigos aguardaban, aunque no dejaron de volarse mas de treinta casas, con peligro de encenderse toda la ciudad, á cuyo remedio se acudió muy prontamente.

No andaban acordes los ánimos del marqués de Rubais y el conde de Mansfeld; veterano éste en el servicio del rey, pues llevaba las armas á su favor desde el principio de los disturbios de los Países-Bajos, recién admitido el otro en sus filas en la última organizacion que habia dado al ejército el príncipe de Parma. Se inclinaba Alejandro mas al último, tal vez por esta misma circunstancia, ó porque le hacia sombra la reputacion de Mansfeld adquirida en tantos campos de batalla. Se hizo mas notable la poca armonía entre estos dos personajes, en un consejo de guerra celebrado á presencia de Alejandro. Opinaba Rubais porque se moviese el campo sobre Cambray, importante por su situacion y por los muchos partidarios del duque de Anjou que la consideraban como la base de sus operaciones. Pero el conde de Mansfeld rebatió este dictámen, sosteniendo que merecia ser preferida la plaza de Nivelles, por estar mas próxima y ser su expugnacion como un preludio necesario para la toma de la otra. Entre estos pareceres propendia al primero el príncipe de Parma, por la importancia de

ocupar la plaza de Cambray, donde á cada momento aguardaban refuerzos de Francia; mas no por eso dejó de aprobar la opinion del conde de Mansfeld, por no contrariarle demasiado. Abrazando, pues, los dos objetos que al mismo tiempo le ofrecian la ventaja de separar á los dos jefes rivales, encargó al marqués de Rubais la expedicion sobre Cambray, encomendando á Mansfeld la de Nivelles.

Fué muy brevemente terminada esta última. Se rindió Nivelles á los tres dias de sitio, y la guarnicion quedó prisionera. Era mucho mas difícil la empresa de Rubais por lo fuerte de Cambray, y el gran partido que tenian en ella los franceses. Cuando estaba ya en camino destacó al conde de Montigny con objeto de tomar la plaza de Condé, muy cercana á Valenciennes. La evacuó la guarnicion sin aguardarle, retirándose á Tournay, con lo que le fué muy fácil á Montigny apoderarse de lo que estaba abandonado. Mientras tanto llegó Rubais á las inmediaciones de Cambray, y comenzó la operacion del sitio; pero cuando mas ocupado estaba en llevarle á feliz término, ocurrió en Flandes otra novedad que alteró notablemente el semblante de las cosas.

Hasta entonces no habia tomado el pronunciamiento de los Países-Bajos un carácter de rebelion abierta contra el rey de España. Si habian corrido á las armas y ejercido actos de hostilidad contra sus tropas, manifestaban dar estos pasos para defender sus privilegios hollados por el rey; mas que de ningun modo dejaban de reconocerle como su señor natural, á cuya obediencia deseaban volver cuando se hiciese justicia á sus reclamaciones. Ni en las actas de la confederacion de Gante, ni cuando llamaron al archiduque Matias, se habia tenido otro lenguaje. En los capitulos ajustados en Utrecht, nada se decia á favor del rey; tampoco en contra. Invocando su nombre se expedian todos los decretos que daban los Estados: de ningun sitio público se habian quitado las armas reales, y con su nombre y busto corria la moneda.

De que habia buena fé en todas estas manifestaciones, pueden quedar dudas: de que el príncipe de Orange preparaba así las vias para llegar de una vez al fin de sus designios, hay los testimonios mas probables. Estaba el rey de España destronado de hecho, sobre todo en las provincias del Norte y en gran parte de la de Flandes y el Brabante; mas conservaba todavía una sombra de autoridad, y se podia decir que aunque desobedecido, era todavía señor nominal de los Países-Bajos. Con la realidad, vino asimismo á destruirla la apariencia. Habian llegado las cosas al punto de constituir en verdadera anomalía un dictado que estaba en contradiccion tan abierta con los hechos. Se aprovechó, pues, de la ocasion el príncipe de Orange para promover eficazmente el objeto tan apetecido para él de la absoluta independencia. Aunque su ambicion le sugeria naturalmente el sustituir su persona propia á la del rey, era demasiado hábil para ignorar que no tenia bastante partido para ser el nuevo soberano de los Países-Bajos. Le excluia para ello entre otras cosas, su cualidad de protestante, cuyo culto no dominaba mas que en las provincias de Holanda y Zelanda, hallándose solo tolerado en las demas donde la religion de la generalidad era la católica. Necesitaba, pues, el de Orange un príncipe extranjero de esta comunión mas, que diese bastantes garantías de respetar la libertad de las conciencias. El archiduque Matias, que hacia cuatro años residia en el pais con el título nominal de gobernante, no satisfacía las miras del príncipe por ser de la familia de Austria, que deseaba alejar para siempre de los Países-Bajos. Echó, pues, los ojos sobre el duque de Anjou, cuyos vínculos de sangre con el rey de Francia y relaciones que tenia entonces con el partido calvinista, ofrecían la perspectiva de una poderosa proteccion de la potencia vecina, á que los príncipes de Nassau habian acudido siempre por socorros en todos sus conflictos. En Francia tenia el príncipe de Orange relaciones de parentesco, y hasta los Estados á que debia su título. Habia